

## Menene Gras Balaguer

Directora de Cultura y Exposiciones de Casa Asia

Hay fotografías que documentan un mundo y un entorno, capturando lo que está sucediendo en cualquier lugar y a cualquier hora, sin que aquellos a los que el ojo de la cámara secuestra sean conscientes de lo que está ocurriendo.

Eduardo Rivas es un fotógrafo al que le gusta la calle y al que le gusta viajar por las ciudades como un etnólogo, que trata de descubrir figuras y paisajes en movimiento, cuya captura emprende cuidadosamente. Es una manera de recolectar materiales que son necesarios para organizar un sistema de conocimiento del otro, de la diversidad y de aquellas figuras del discurso que no se encuentran en nuestro entorno habitual.

Me acuerdo a menudo de Takuma Nakajira (Tokio 1938-2015) y su delirio fotográfico, en los días grises, cuando quería fotografiar angustiado lo que no se veía para hacerlo visible y compartirlo con los sujetos anónimos que acostumbran a ver la fotografía como un instrumento de reproducción y réplica de la realidad.

La crisis de Nakajira ilustra la crisis actual de la fotografía y la apuesta para su reinención que muchos han promovido ante la necesidad de crear un mito, a causa de la desaparición de lo que se considera privado de visión para quien no tiene acceso a los modelos que son su objeto. Nakajira se preguntaba sin cesar sobre la existencia de la fotografía y lo que ésta debía comunicar y transmitir ante el exceso de imágenes que habitan en nuestro mundo cotidiano traspasando los límites que separan realidad y ficción e incluso invirtiendo el orden en que suceden ambas.

De la misma generación, igualmente crítico, lúcido e irreductible, Dario Moriyama (Ikeda, Osaka, 1938) optó por la fotografía para representar un mundo en blanco y negro personal, producto de una distorsión de la realidad visible, para dar a conocer lo real invisible de un modo diferente al que se espera de ordinario ver. Decía que salía a callejear como un perro vagabundo, para ver y encontrar aquella fotografía única que debía salirle al encuentro. A veces, invocaba la ceguera para recuperar la sensibilidad del ojo que hemos perdido de tanto mirar. Su elogio de la fotografía sólo parecía posible a través de la negación y de una crítica pesimista pero brillante, que Nakajira a su vez practicaba quemando sus propias fotografías y diciendo que lo hacía precisamente porque era fotógrafo. En ambos casos, el elogio de la fotografía se da negativamente, ante la imperiosa necesidad de rescatarla y, más que recuperarla, reinventarla.

La fotografía ha conseguido una divulgación que ninguna otra tecnología ha podido alcanzar gracias a los teléfonos móviles y a las cámaras fotográficas digitales, al igual que a la capacidad de almacenamiento de estos artefactos.

Situar la fotografía de Eduardo Rivas y en qué contexto aparece no resulta sencillo, sobre todo cuando se trata de abarcar una amplia producción en buena medida realizada en los países que él suele visitar, tras una meditada decisión acerca del lugar al que quiere ir y conocer. Nunca es casual; la suya no es sin embargo una fotografía de paisaje sino más bien una fotografía antropológica, que tiene por objeto los sujetos que habitan en una geografía perfectamente localizada, considerando que ésta es determinante a la hora de hacer un diagnóstico de aquello que somos. La geografía física, la geografía humana, la geografía

económica y la geografía política forman el cuerpo de una disciplina indivisible, a la hora de abordar la identidad de un lugar y sus habitantes y aquello que es constitutivo de su individualidad.

Eduardo Rivas necesita el viaje para elaborar proyectos como TOKYOTO, que se presenta en formato expositivo, después de hacer el viaje y archivar todas las imágenes capturadas durante la visita a Japón. El interés por su cultura y la personalidad de una ciudad como Tokio y sus transeúntes se demuestra en las sucesivas visiones que transportan sus imágenes. La fotografía es un ojo vigilante que mira y observa sin sentirse mirado ni observado. Las figuras que se suceden ante la cámara son resultado de un itinerario previamente fijado por su autor, para captar los escenarios y las escenas inéditas para él y lo que se puede entender como efecto de la acción del azar sobre las circunstancias en las que se desarrolla un acontecimiento.

Rivas desempeña la labor del explorador con un empeño particular en transmitir sus descubrimientos a un público susceptible de ser cautivado por sus capturas. Éstas siempre ocurren cuando se produce un encuentro y aquella sorpresa que es un detonante de su presencia. Él entiende la fotografía como documento, pero también como registro instantáneo, cuyo objeto es él quien lo decide. De ahí esta colección de imágenes que no pierden impacto por tratarse de imágenes de la vida cotidiana, sino que ganan fuerza precisamente por esto.

La saturación de imágenes que pueblan los escenarios domésticos y en general las que dominan la vida pública de nuestras ciudades en grandes pantallas publicitarias –imágenes que se nos imponen o que nos invaden, o imágenes que confeccionamos hábilmente con pequeños aparatos tecnológicos muy fáciles de manejar, y que a menudo pueden conservar mucha más información de la que nuestra propia memoria personal puede retenernos ha hecho indiferentes a lo que éstas dicen. Pensar el fin de la fotografía es pensar en el fin del mundo; la imagen en movimiento sigue rivalizando con la fotografía y ésta con la imagen en movimiento como en un duelo interminable, en el que ninguna de las dos puede acabar con la otra. El gesto de disparar la cámara, como si se tratara de un arma de fuego, para cazar un átomo de tiempo casi imperceptible es un tiempo espacio que sólo la fotografía es capaz de crear.

Los registros realizados por Eduardo Rivas no se limitan a documentar algo visto y vivido, sino que son imágenes reflexivas, entendiéndose por esto que hay primero una reflexión sobre la fotografía y sobre la acción de hacer o tomar una fotografía, y a continuación una voluntad de conseguir el objetivo que el autor se ha propuesto previamente.

La exhibición de estas imágenes pensadas induce a su vez a pensar sobre ellas como recortes y fragmentos de un rompecabezas, mediante el cual el fotógrafo ha ido dando los pasos para emprender y cerrar un proyecto que mantiene múltiples conexiones internas y externas a él, entendidas como resonancias de una mirada antropológica que quiere interpretar el mundo para comunicarse con el mundo y simultáneamente mostrar otras culturas. En este caso, se trata de un Japón cotidiano y diverso, e incluso híbrido, al que Eduardo Rivas aporta visibilidad fuera del país.

Como conocedor de la utilidad y el valor de la fotografía, Rivas cree en el fin de la fotografía, pero sólo porque más que un final para él es un principio partiendo de nuevas estrategias de cara al futuro, en las que se propone trabajar.